

La historia conocida -desconocida- de un gran poeta

Pezoa Véliz, ¹⁸⁷⁹⁻¹⁹⁰⁸ Pasión y Muerte

RODOLFO GARCÉS GUZMAN

Alguien me escribió, con simpatía y atención: "Usted ha tratado, de paso, al recordar a don Emilio Vaisse, el gran "Omer Emeth", padre de la crítica literaria de Chile, la muerte desolada de ese poeta de alto vuelo que fue Carlos Pezoa Véliz, a quien don Emilio asistió como capellán, en el hospital de San Vicente. ¿Por qué no dice, algo más del lírico bien llamado "el Verlaine chileno"?"

¿Cómo desoir a la invitación? ¿Cómo desoiría, repito, cuando todavía resuenan en los oídos las palabras de Pedro Prado narrando la tristeza de su entierro?

Pedro Prado y Juan Francisco González esperaban en el Cementerio. Y creían ver llegar un cortejo imponente. Se equivocaron muchas veces. Al fin llegó un funeral pobrísimo, con muy poca gente en pos del carro mortuario. Les dolió el alma.

D'Halmar ha subrayado tan triste verdad:

"Ya sabemos su fin: muerto a los 29 años, ningún amigo acompañó al cementerio sus restos, para que se cumpliera lo que él predijo: ...Tras la paletada, nadie dijo nada, nadie dijo nada."

Pezoa Véliz nació en Santiago, en 1879. Tenía padres adoptivos. Los dos murieron con diferencia de un día. Ella de un ataque al corazón, afligida por la muerte de su compañero. Pezoa era descreído. Pero respetó las ideas de quienes le dieron un hogar. Los hizo sepultar en dos nichos vecinos, en el Cementerio Católico.

Estos datos son de un trabajo de Juan Espinosa, quien a su vez transcribió una conversación sobre el poeta que tuvo con D'Halmar. Y dijo el Primer Premio Nacional de Literatura —1942— prosiguiendo con Pezoa y sus padres:

"Un día que visitaba yo ese cementerio, vi esos dos nichos —un señor Pezoa al lado de una señora Véliz— muy cerca de la entrada, a mano izquierda. Calculé que eran los padres del poeta, y como no tenían flores, las hice colocar. Antes de muchos días vino a verme y me dijo:

"—Encontré a mis viejos con flores y supe que esto se debe a un gesto suyo. En recompensa le voy a obsequiar esta fotografía que es de mi Primera Comunión."

Cuando llegó del sur vestía poncho. Y la bohemia santiaguina lo atrapó. Su niñez, como su existencia toda, había sido miserable. Soñaba con ser elegante. Y lo era, por su figura: alto, rubio, ojos azules. Pero ¿qué hacer cuando no tenía un peso? ¿Qué había ocurrido antes? ¿Cómo y dónde estudió? Dican las crónicas que después de quedar anclado en el primer año de humanidades en el Colegio de los Agustinos, a base de porfía y amor propio, ayudado por el profesor Enrique Oportus, preparó entre diciembre y marzo los veinte exámenes finales que entonces tenían las humanidades. Hay quien apunta que le faltó una prueba. ¿Pero, qué aporta este dato a una biografía en que el cartón o título se llama talento creador?

¿Qué de donde sacó los elementos de su poesía? De la expresión cabal del paisaje y la imagen chilenos. El sol incendiando los vidrios de casas viejas, los perros que aullan su melancolía, los hombres que mueren anónimamente; los vagabundos y su angustia; su desesperado epílogo de hombre inválido que sabe que va a terminar, cualquier día, pobre y abandonado, en un hospital: "...Y pues, solo en amplia pieza, —yazgo en cama, yazgo enfermo—, para espantar mi tristeza, —duermo".

Fue uno de "Los Diez". Militó en la colonia tolstoyana. Y al separarse ésta en dos bandos, optó por el de Santiván en lugar del de D'Halmar. Concibió viajes fantásticos. Soñó con ir a Juan Fernández a cazar lobos... Jamás realizó esas empresas. La cadena de la indigencia no podía aprisionar su mente, pero inmovilizaba su cuerpo. Pezoa Véliz, ha escrito Andrés Sabella, "ha enaltecido la imagen, la ha descubierto ante nosotros". Más adelante puntualiza que "El pintor Perezza fue pasajero eterno de tercera clase..."

A Viña del Mar llegó a pocos años antes de su muerte. Y vivió su gran pasión. El poeta es hombre y se enamora, pero no para siempre, porque el amor es un par de alas. Remonta el vuelo. Sólo queda el sabor de unos besos y unas palabras dichas apresuradamente; palabras de penumbra, que muerden y asfixian, cuelgan de la nada, sujetas por el fuego del instante y la fuerza del instinto.

Lo llevaron azares de política. Y se ganó o consiguió el



Carlos Pezoa Véliz.

puesto de secretario de la Municipalidad. El poeta se hace burgués. Viste bien y siente la necesidad de surgir socialmente. Incluso, se convierte en profesor del Instituto Inglés. Hace clases sin agobio, metido en la disciplina, como si su vida entera hubiese pendido del compás del reloj que insta a luchar, a cumplir. Ricardo A. Latcham ha citado tiempo ha, en un estudio, cierta carta fechada en mayo de 1904, que habla del pensamiento íntimo del poeta sobre su ciudad de adopción: Viña del Mar.

"Vivo en un pueblo donde es peligroso demostrar talento. Se le envidia brutalmente. ¡Cosa de pueblo chico, dirá Ud. Pero no sabe! El medio es infernal. No hay con quién conversar de arte. Ay de mí si lo conversara. Como se cohibiera Ud. amigo, si como yo viviera heladamente, glacialmente activo. Es una gran cosa la actividad caliente de Santiago".

El poeta añora la capital. Es la mariposa que quiere quemarse en la gran lámpara. Es inconformista. No está contento. Vocifera. Riñe a la gente. Se hará, con el tiempo, más huraño. El mismo Latcham ha recordado "dos de sus manías curiosas: la de sentirse tísico sin estarlo y la preocupación neurasténica del orden y el aseo llevados hasta la extravagante meticulosidad". En una carta a su gran amigo y compañero de desventuras, Ignacio Carrera, le dice: "Tengo un martirio: mis recuerdos y un ensueño, la guitarra".

Es la marca de la vida. Pasa el huracán, el dolor, la humillación, pero el sabor amargo reaparece. ¿Quién me devuelve lo que no tuve? parece preguntar el cuerpo. El alma y la mente permanecen mudos. Pero la idea flota, cubre la alegría. Y borra la sonrisa.

D'Halmar, que lo había tratado, lo reencuentra en Valparaíso y sale a caminar con él por Viña del Mar. Pezoa Véliz lo convidó a su casa. "La había comprado con sus ahorros. Era el fruto de su trabajo. Y la realización de su primer intento serio de burgués: tener un hogar".

Refiere, D'Halmar, en la pluma de Espinosa:

"Fui a pasar unas vacaciones con él en lo que llamaba su "Pajarera Verde". Lo iba a esperar a la orilla del estero Marga Marga, tan bien descrito por él en uno de sus poemas, o por los cerros de Valparaíso, charlando de literatura o recitando en voz alta".

"Por la orilla del Marga Marga". Vale la pena el paréntesis. Hay una composición de Pezoa Véliz, en que describe el paisaje de la zona. El motivo es —eterna obsesión— la muerte. Se llama "Entierro de campo".

"—Con un cadáver a cuestras —camino del cementerio, — meditados avanzan —los pobres angarilleros.

"—Cuatro faroles descienden —por Marga Marga hacia el pueblo, —cuatro maderos de encina, —cuatro acompañantes viejos..."

"—Una voz cansada implora —por la eterna paz del muerto; —ruidos errantes, siluetas —de árboles foscas, siniestros. —Allá lejos, en la sombra, —el aullar de los perros —y el efímero rezongo —de los nostálgicos ecos.

"—Sopla el puelche. Una voz dice: —Viene, hermano el aguacero. —Otra vez murmura: —Hermanos, —roguemos por él, roguemos.

"—Calla en las faldas tortuosas —el aullar de los perros; —inmenso, extraño, desciende —sobre la noche el silencio; apresuran sus responsos los pobres angarilleros, —y repite alguno: Hermano, —ya no tarda el aguacero; —son las cuatro, el alba viene, —roguemos por él, roguemos.

"—Y como empieza la lluvia, —doy mi adiós a aquel entierro, —pico espuela a mi caballo —y en la montaña me interno.

"—Y allá en la montaña oscura, —¿quién era?, llorando pienso; —Algún pobre diablo anónimo —que vino un día de lejos, —alguno que amó los campos, —que amó el sol, que amó el sendero —por donde se va a la vida, —por donde él, pobre labriego, —halló una tarde el olvido, —enfermo, cansado, viejo!"

Parece, como en "Nada", plañir por su propia muerte, que es la muerte de los desamparados.

Pese a la desilusión del medio, permaneció. Valparaíso y Viña del Mar lo han cogido con sus oportunidades de ser: el plato de cada día, el lecho tibio, ganado todo con su esfuerzo: el horario de oficina, las horas de clases: trabajo, fuente de tranquilidad material.

D'Halmar lo ha expresado así: "Para su fatalidad, Pezoa siguió en Viña del Mar, y allí lo sorprendió el terremoto de 1906; y la frágil pajarera verde que tanto le enorgullecía, lo aprisionó entre sus barrotes y le cortó las alas".

Pero en esto debe haber algo de fantasía. Según sé, Pezoa Véliz vivió no en su casa, sino en una residencial de la calle Viana. Y después de la catástrofe, fue trasladado, herido, a una carpa en calle Traslaviña. Roberto Zegers Borgoño, que fue Alcalde de Viña del Mar —padre de Roberto Zegers de la Fuente— lo acompañó allí toda la noche. Al día siguiente lo trasladaron al Hospital Alemán de Valparaíso. ¡Ya tenía la lesión pulmonar que presintiera! Comenzaba su deambular de hospital en hospital. Estaba convertido en inválido. La muerte lo rondaba.

Hasta el Hospital de San Vicente llegó D'Halmar en vísperas de uno de sus viajes, para visitar al solitario poeta. Otros que lo acompañaban eran don Samuel A. Lillo, Leonardo Pena, Juan Francisco González y Omer Emeth —recuerda Alone. D'Halmar recibió de manos de Pezoa Véliz una cuartilla: "Acabo de escribir estas líneas. ¡Guárdelas usted!", le dijo. Era "Tarde en el Hospital" que ahora está en antologías.

Alone, se adelantó a señalar, hace años, el maduro trabajo que sobre Pezoa Véliz y su obra hizo, en más de seiscientas páginas, Raúl Silva Castro. Este autor ha dicho de él: "Es, en suma un lírico independiente y audaz, en los propios días en que el Modernismo decorativo llenaba de flores y de cisnes los jardines americanos, cisnes y flores que a Pezoa Véliz interesaron poco o nada".

A diferencia de la mayoría de los hombres cuya vida comienza cuando nacen, Carlos Pezoa Véliz, creador, vivió para los demás solamente después de muerto. Ni siquiera tenía libros publicados. Sus composiciones dispersas habían salido en las revistas "Pluma y Lápiz" e "Instantáneas", dirigida esta última por D'Halmar; "Zig-Zag", etc.

Los desvelos de su gran amigo Ernesto Montenegro hicieron posible que, en 1912, apareciera "Alma chilena".

Armando Donoso iba a producir más tarde, otro libro: "Poesías completas". Resumió Donoso la existencia del poeta en estas palabras:

"Vivió como una sombra errante veintinueve años, alejado del hogar desde pequeño, sin norte en la vida y siempre triste..."

Pero "la celebridad póstuma, permite a los que más tristemente han vivido, sobrevivir con gloria", según estampó Alone.